
A PROPÓSITO DE LA OBRA DE MANUEL CASTELLS *LA ERA DE LA INFORMACIÓN. ECONOMÍA, SOCIEDAD Y CULTURA*

Vols. 1: *La sociedad red*; 2: *El poder de la identidad*,
y 3: *Fin de milenio*, Madrid, Alianza Editorial,
1997, vol. 1, y 1998, vols. 2 y 3

UN GRAN TAPIZ SOCIOLÓGICO QUE HA CONQUISTADO LA POSTERIDAD

José Enrique Rodríguez Ibáñez
UCM

La aparición de esta obra monumental en su versión original inglesa constituyó, de entrada, un auténtico y merecido acontecimiento editorial: ediciones agotadas, traducciones, adopción del trabajo como libro de texto en múltiples centros de enseñanza, reseñas por doquier. Y no es para menos, porque se da la circunstancia de que el estudio de Castells aún hercúleamente información de primera mano, a la vez que hilo de fondo interpretativo de toda ella, acerca de la compleja y cambiante situación sociopolítica del conjunto del planeta en este final de siglo. La revolución tecnológica, la mundialización de la economía, el colapso del comunismo, el recrudescimiento de los integrismos, los proyectos de integración transnacional, la tendencia hacia la internacionalización tanto de la justicia como del delito, la redefinición de las utopías y hasta del yo, etc.; todos estos fenómenos y muchos más a los que el autor pasa detallada revista forman datos interrelacionados que muy pocas personas están en condiciones de presentar en una ojeada unitaria coherente y, además, con demostrado conocimiento de causa. Castells lo consigue, entre otras cosas, porque su biografía está cuajada de experiencias de trabajo y residencia continuada en las dos Europas, las dos Américas y el Extremo Oriente, lo cual dota a sus opiniones de un poco frecuente fundamento. Así, pues, *La era de la información* es todo un lujo intelectual y todo un éxito del que yo personalmente, como compatriota y colega de Castells, me alegro de corazón.

Y precisamente por la importancia objetiva del ensayo es por lo que me

animo a secundar y colaborar en la magnífica iniciativa de la *REIS* de abrir sus páginas a una recensión múltiple del trabajo a la que el autor, como es costumbre, dará respuesta (de idéntica manera, por cierto, a lo que se dispone a hacer, en un próximo volumen, el *European Journal of Social Theory*).

Como se comprenderá, no me resulta factible detenerme en la totalidad de los análisis y propuestas de Castells, así que me ceñiré sólo a tres puntos que me parecen relevantes (uno por cada tomo): en primer lugar, lo relativo a la estrategia teórica misma con la que el autor aborda sus propósitos; en segundo lugar, los criterios de selección utilizados para la presentación de movimientos sociales identitarios; por fin, unas palabras sobre el colofón de la trilogía. Dejo a mis compañeros de recensión el seguimiento de otros aspectos, sin duda estimables, del *opus magnum* de Castells.

Empezando por el marco teórico, me detendré en el concepto-eje del autor —el «desarrollismo informacional» o «informacionalismo»— y en la fundamentación que desea otorgarle en el seno de la tradición teórica sociológica.

Castells se esfuerza de forma bastante pormenorizada en distinguir entre modos de producción y modos de desarrollo, alegando que «es esencial para la comprensión de la dinámica social mantener la distancia analítica y la interrelación empírica» entre ambos (I, p. 40). Los modos de producción aluden, en la onda de Marx, a relaciones estructurales de producción, clase social y poder que determinan un específico reparto y reproducción del producto social. Los modos de desarrollo, por su parte, en onda afín a Raymond Aron o Daniel Bell, aluden a las respuestas tecnológicas erigidas en estrategias productivas, que se suceden dentro de cada particular modo de producción. Según el autor, los modos de producción contemporáneos han sido el capitalismo y el «estatismo» (neologismo con el que define el otrora denominado «socialismo realmente existente»). En cuanto a los modos de desarrollo, Castells es amigo de hablar del tránsito de la sociedad industrial a la sociedad informacional, y no tanto del tránsito de la sociedad industrial a la sociedad postindustrial (concepto este último considerablemente más vago, amén de obsoleto). La nueva sociedad informacional, para el autor, no es una simple sociedad del conocimiento (pues toda sociedad reposa sobre el conocimiento acumulado), sino una sociedad que descansa en la «acción del conocimiento sobre sí mismo como principal fuente de productividad» (I, p. 43).

Todo este esfuerzo terminológico conduce a un diagnóstico preciso: el mundo (salvo mínimas excepciones que confirman la regla, como Corea del Norte) ha entrado en una fase de capitalismo informacional. La nueva sociedad contemporánea es mundialmente capitalista, si bien con variantes importantes en su seno, atendiendo al diverso grado de desarrollo tecnológico e informacional en los distintos contextos geográficos. Con esto, Castells rinde tributo a sus orígenes intelectuales marxista-estructuralistas (al conceder primacía a la lógica de los modos de producción), incorporando paralelamente la lógica explicativa del desarrollismo industrial y tecnológico.

Llegados aquí, yo me pregunto si es necesaria tanta demostración de pure-

za doctrinal en un momento histórico en el que nadie pone en duda que el capitalismo es la economía prevaeciente, con el añadido de que se trata de un capitalismo no homogéneo, sino variadísimo, cuyas modalidades es lo que conviene analizar (según hace el propio Castells en lo relativo, por ejemplo, a los «tigres asiáticos»). A nadie escapa tampoco que Marx emprendía su evolucionismo económico, centrado precisamente en la sucesión de modos de producción, con el objetivo de pensar en la superación futura del capitalismo. Si, como acontece en *La era de la información*, la referencia a dichos modos de producción es «pasadista» (puesto que no queda «estatismo» en parte alguna), la centralidad explicativa de tales herramientas hipotéticas se evapora. Y lo que queda, con todos los respetos, es bastante más deudor de Bell y Aron que de Althusser.

¿Por qué no aceptar, como de hecho hace el autor a lo largo y a lo ancho de la obra, que la nueva sociedad informacional ha clausurado las etapas del pasado, incluida la contraposición capitalismo-«estatismo»? De esta manera, la apuesta por un análisis alternativo de tendencias cobraría vigor, según atestigua —reitero— la misma letra de esta espléndida investigación. Sin ir más lejos, es Castells quien remacha la trascendentalidad de su objeto de estudio cuando define a la sociedad informacional de la siguiente forma: «Debido a que el informacionalismo se basa en la tecnología del conocimiento y la información, en el modo de desarrollo informacional existe una conexión especialmente estrecha entre cultura y fuerzas productivas, entre espíritu y materia. De ello se deduce que debemos esperar el surgimiento histórico de nuevas formas de interacción, control y cambio sociales» (I, p. 44).

En una observación particularmente aguda, el autor —y entro en el segundo aspecto de mi comentario— afirma que «los sistemas políticos están sumidos en una crisis estructural de legitimidad... los movimientos sociales tienden a ser fragmentados... en un mundo como éste la gente tiende a reagruparse en torno a identidades primarias: religiosa, étnica, territorial, nacional... en un mundo de flujos globales de riqueza, poder e imágenes, la búsqueda de identidad, colectiva o individual, atribuida o construida, se convierte en la fuente fundamental de significado social» (I, p. 29).

Es esta inseparable cara de la globalización —«el poder de la identidad»— la que llena el contenido del segundo volumen. Una exposición clara y bien documentada de muy diversos movimientos —fundamentalismo, nacionalismo, insurgencia guerrillera, ecologismo, feminismo— da paso a una reflexión sobre la pérdida de poder de los Estados y la necesidad de erigir un nuevo diseño de la democracia, adaptándola a un nuevo escenario mundial.

Castells distingue tres modelos básicos de identidad —la «legitimadora» o mantenedora del *status quo*; la «de resistencia» o pararrevolucionaria, y la «identidad proyecto», de componente a la vez utópico y pragmático, que es a la que él parece adherirse emocionalmente (II, p. 30)—. Y es con este utillaje metodológico con el que se lanza a desbrozar la muy intrincada selva de respuestas identitarias que recorren nuestro atribulado planeta. El resultado,

como no podía ser menos, reviste disparidades. Frente a análisis sociológicos de fuste, como los relativos a la transformación de la familia y la sexualidad, aparecen muy valiosas descripciones de otros fenómenos —ecologistas, nacionalistas, milenaristas— que son narradas en clave divulgadora.

Sin embargo, no es el tono descriptivo lo que da pie a controversia científico-social (pues el servicio prestado por Castells al público experto y lego mediante su impresionante catarata de datos e información ya he repetido en más de una ocasión que es impagable). Lo que sí suscita reservas desde el punto de vista de la teoría sociológica, según ha puesto de manifiesto Charles Tilly*, es que no termina de quedar suficientemente argumentado el nexo causal unívoco que el autor establece entre la crisis del Estado y la aparición de tan amplia gama de movimientos identitarios, con lo que el segundo volumen de la trilogía se antoja más informe riguroso —o incluso excepcional— que teoría de la identidad en sentido «fuerte».

En fin, sólo me resta para terminar mi comentario el tercero de los flecos prometidos, que alude al más que saludable tono de antiprofetismo que recorre el diagnóstico final efectuado por Castells.

El autor, tras repasar en el tercer volumen el estado presente del panorama internacional —el antiguo imperio soviético, el «cuarto mundo», la cuenca del Pacífico, la Unión Europea, así como las redes de la nueva delincuencia transnacional—, desemboca en una brillante conclusión —«entender nuestro mundo»— que no quiere agitar banderas de edades de oro futuras ni tampoco sucumbir al escepticismo, limitándose a aquello que constituye la tarea genuina de la teoría de la sociedad, esto es, detectar tendencias, señalar sus escenarios, estrategias y actores efectivos o potenciales y esperar acontecimientos con el fervor del ciudadano crítico y participativo. Diría yo particularmente, recurriendo al arsenal de grandes clásicos del siglo XIX, que Castells, escaldado del Marx más encendido, busca refugio en el *tempo y savoir faire* del más sabio y sagaz Tocqueville.

La indagación del autor remacha argumentos conocidos —así, el paso, en lo que concierne a la centralidad tecnoproductiva, del Atlántico al Pacífico— pero sin caer en el tópico o, más bien, desmontando en todo momento el tópico. Por ejemplo, el papel emergente de la cuenca de los países ribereños del Océano Pacífico no es presentado de forma triunfal ni lineal, sino precisando muy detalladamente cuáles son las diferencias abismales que separan, en términos sociopolíticos y de modelos desarrollistas, a China de Estados Unidos, a Japón de los «tigres», al Sudeste asiático de la región en su conjunto, etc.; lo que permite entender mejor el hecho de que toda esa cuenca no esté exenta de peligros y turbulencias, como ha puesto de manifiesto la tormenta financiera del verano de 1998. Tampoco es intelectualmente perezoso el análisis de la Unión Europea, si bien aquí uno echa de menos mayor extensión en el capítulo correspondiente.

* *American Journal of Sociology*, vol. 103, n.º 6, mayo de 1998, pp. 1730-1732.

Con un irónico epígrafe denominado «¿Qué hacer?» —que parodia y desmonta el profetismo militante del marxismo-leninismo—, Castells pone punto final a un trabajo ciclópeo que constata realidades consolidadas y plantea interrogantes abiertos. De entre las muchísimas cosas detectadas, tal vez la contraposición entre lo global y lo local alcance el rango de *leit-motiv*. Pero, de nuevo, la remisión a lo conocido se desembaraza de la tentación del estereotipo, cobrando el análisis un tono de hondura y esperanza. Véase, si no, el siguiente párrafo:

«El Estado no desaparece. Simplemente se ha miniaturizado en la era de la información. Prolifera en la forma de gobiernos regionales y locales que siembran el mundo con sus proyectos, agregan intereses diversos y negocian con los gobiernos nacionales, las empresas multinacionales y los organismos internacionales. La era de la globalización de la economía es también la era de la localización de la política. Lo que a los gobiernos locales y regionales les falta en poder y recursos, lo suplen con flexibilidad e interconexión. Ellos son los únicos que pueden estar a la altura del dinamismo de las redes globales de riqueza e información» (III, p. 392).

Ciertamente, en el nuevo milenio ya no van a ser iguales a como lo venían siendo en el agonizante siglo XX la economía, ni la política, ni las ciudades, ni el trabajo, ni el amor, ni casi nada. Tendremos que irnos haciendo a la idea de que ya hemos empezado a vivir las consecuencias de la tercera revolución tecnológica (tras la revolución neolítica y la revolución industrial). Y lo haremos por nosotras y nosotros mismos. Eso sí, con la ayuda indudable de esta impresionante «guía» de Castells, un riquísimo tapiz sociológico que ha conquistado fulgurantemente la posteridad.